



**La peregrinación
de Childe Harold**

Lord Byron



La peregrinación de Childe Harold es un extenso poema narrativo dividido en cuatro cantos publicado entre 1812 y 1818. El poema describe los viajes y reflexiones de un hombre joven hastiado del mundo, desilusionado de una vida de placer y deleite, mientras goza de los paisajes de las tierras extranjeras por donde va pasando. En sentido amplio es una expresión melancólica y desilusionante caída de una generación harta de las guerras post-revolucionarias y la Era napoleónica. En el título aparece la palabra *childe*, nombre dado en la Edad Media en Inglaterra a los jóvenes aspirantes a caballero.

Índice de contenido

Cubierta

La peregrinación de Childe Harold

Dos palabras del traductor

A IANTHE[1]

La peregrinación de Childe Harold

 Canto primero

 Canto primero

 Canto segundo

 Canto segundo

 Canto tercero

 Canto tercero

 Canto cuarto

 A John Hobhouse

 Canto cuarto

Sobre el autor

Notas

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR

El poema cuya traducción damos hoy a luz, pasa comúnmente por uno de los mejores de lord Byron. Hay quien lo prefiere con mucho a todas sus otras producciones, estimándolo como el más bello florón de su corona poética. Lo cierto es que la publicación de los dos primeros cantos de *Childe Harold*, en 1812, bastó por sí sola para granjearle altísima reputación dentro y fuera de su país. «Me levanté una mañana —dice sobre esto en una de sus cartas— y me encontré hecho un hombre célebre».

¿Quién es Childe Harold?

Childe Harold es un ente imaginario, puramente imaginario, según el poeta nos asegura con empeño, contra la opinión general, y al parecer bien fundada, de que, bajo tal nombre, está oculta la persona del propio lord Byron: un joven de ilustre prosapia que, entregado por largo tiempo a una vida licenciosa, habiendo recorrido ya todo el vasto laberinto «del pecado», acaba por sentir profundo, invencible hastío hacia cuanto le rodea, sin quedarle para consuelo ni un afecto, ni una creencia, ni una esperanza. Solitario en medio de la sociedad, melancólico, intratable, casi feroz, pero con un corazón sensible, impetuoso y ardiente en sumo grado; no encontrando en sí mismo fuerza bastante para sobreponerse al mal que le aqueja, resuelve por último salir de su patria y darse a viajar por extrañas tierras, en busca de objetos nuevos, ávido de nuevas emociones. Aquí termina la exposición del poema, y comienza la peregrinación de Childe Harold.

No hay que buscar en esta composición las condiciones distintivas de una novela —*Romaunt*, como el autor la titula — siendo más bien un poema en la acepción genérica del vocablo, siquiera por su forma y entonación especiales. Escrita sin sujeción a ningún plan determinado, solo con arreglo a la inspiración del momento, carece en realidad de acción, de fábula propiamente dicha. Ni una aventura, ni un incidente que pueda justificar poco o mucho el título de tal novela; y toda ella consiste en variedad de reflexiones, ora sueltas y fugitivas, ora intercaladas con descripciones de índole varia también, hasta formar una especie de caprichoso mosaico, según van acudiendo a la mente arrebatada de Childe Harold en el curso de su viaje. O pinta, o declama —apenas refiere; y esto a la ligera, en desorden, como de improviso, y en un estilo desigual por extremo, alternativamente remontado, vulgar, patético, jocosos, meliflúo y empapado en hiel. Es un panorama de lo que el poeta piensa, siente y ve al mismo tiempo que está escribiendo —todo mezclado, confundido, al natural, sin combinación de sombras ni de colores, contra todas las reglas del arte.

Pero, en cambio, tantas y tales bellezas lo avaloran, de tal magia ha sabido revestirlo lord Byron con su rica y esplendorosa fantasía, que desde la primera hasta la última página tiene vinculada inevitablemente nuestra atención, sin permitirnos suspender ni un momento su sabrosa lectura. Por eso, aun cuando Childe Harold es una figura casi siempre hosca y tétrica por demás, no puede uno menos de simpatizar con él, de identificarse en cierto modo hasta con sus propios extravíos, como al influjo de un poder sobrenatural

Verdad es también que, a vueltas de ese tedio mortal que constituye el rasgo más característico de lord Byron, o de Childe Harold (porque ambos se confunden efectivamente en un solo individuo); en medio de la desesperación que le abrumba tan a menudo, que le hace ver todos los objetos por su lado peor, todavía se muestra capaz de vivas

impresiones, de tiernos y generosos impulsos, de entusiasmo, de verdadero entusiasmo por las grandes acciones y por las grandes obras de la Naturaleza y del Arte; y si bien todo ello suele pasar como una ráfaga, para dejarle caer luego en su habitual estado, el mismo contraste que así resulta nos ofrece cabalmente un atractivo más. Enfermo como está de la vida —que es una enfermedad cruel y sin remedio en este mundo— no por eso deja Childe Harold de ostentar a veces la poderosa vitalidad, el exquisito temple de su corazón, cuando algún agente externo viene a herir de cierta manera sus fibras delicadas.

Así envía un sentido adiós a su patria en el momento de perderla de vista, a aquella patria de que voluntariamente se aleja, porque le parece ya «tan triste como la celda de un “eremita”», pero hacia la cual conserva todavía un resto de amor, tal vez sin conocerlo y aun a pesar suyo —sentimiento adormecido hasta entonces, no extinto en su alma, y que revive ahora con la ausencia—; que tal suele avenirnos a todos con el amor de la patria, amor entrañable, inmortal. Las querellas melancólicas del pajecillo y del escudero —de aquel por la madre cariñosa que no cesará de suspirar hasta su vuelta, de este por su mujer y sus hijos pequeñuelos, a quienes ha tenido que abandonar y que lloran sin consuelo por él— conmueven más y más el ánimo de Childe Harold, al paso que le hacen sentir doblemente su propia desventura; hasta que al fin, por medio de un esfuerzo sobre sí mismo, prueba a recobrar su fría calma, y exclama en el acervo tono que le es peculiar:

Quién fía de la esposa o de la amante,
 or más que llore, viéndonos partir?
 ¿Tros habrá que enjuguen al instante
 us peregrinos ojos de zafir.
 lo me aflige la dicha ya pasada,
 li del peligro próximo la faz;
 o más cruel es que no dejo nada

de arrancarme una lágrima capaz.

Y, sin embargo, ¡cuanto interés inspira en favor del adusto Peregrino todo este canto de despedida!

España, la «famosa y romántica España», el heroísmo de sus hijos —a la sazón empeñados en lucha desigual contra las invasoras huestes de Napoleón— exaltan en gran manera la poética imaginación de lord Byron y le sugieren todo género de alabanzas. ¡Cuánta energía, cuanto fuego atesora este apóstrofe que dirige a nuestro pueblo, cuyo más ínfimo individuo le parece «tan orgulloso como el duque más encopetado!»:

«¡Despertad, hijos de España! ¡Sus! ¡Adelante! La Caballería, vuestra antigua deidad, es quien os llama; no empuña, como entonces, la sedienta lanza, ni hace ondear al viento su rojo penacho; sino que vuela por entre el humo de inflamados bronces, y habla como el trueno por la boca del cañón rugiente, y a cada detonación os grita: *¡Despertad! ¡alzaos!* —Pues bien, decid: ¿es por ventura su voz más débil hoy que en otro tiempo, cuando entonaba su canto de guerra en las fértiles riberas de Andalucía?».

Y por cierto que, ni aun siendo español, hubiera podido lord Byron hablar con más admiración, con más cariño, de la mujer española —la de negros y rutilantes ojos, luengos cabellos y hechiceras formas, cuyos labios compara a un nido de besos impacientes por echarse a volar—; a quien, en fin, concede la primacía sobre todas las demás, incluso sus mismas compatriotas, con especialidad en materia de sentimiento. Oigámosle:

arde la inglesa a nuestro afán se rinde,
 , ni aun rendida, siente con ternura;
 si place a la vista su hermosura,
 mucho insiste su labio en el desdén.
 ero, nacida bajo un sol de fuego,
 iendo el amor su ley, su dicha sola,

i el corazón os rinde una española,
Quién en el mundo os amará tan bien?

En Atenas y en otros lugares célebres de Grecia, lord Byron encuentra luego pasto abundante para su espíritu sombrío y meditabundo, nuevo motivo para desplegar galas poéticas de sumo valor; pero donde su genio raya todavía a mayor altura es en los cantos tercero y cuarto del poema. Las estrofas dedicadas a su hija, la «única hija de su casa y de su corazón», respiran una ternura inefable, al par que toda la profunda tristeza del padre infeliz, para quien «están envenenadas las fuentes de la vida». Recorriendo los campos de Waterloo —«la tumba de Francia»— nos pinta a grandes rasgos, pero con perfecta verdad de colorido, el cuadro desolador que ofrecía la capital de Bélgica al oírse de improviso los primeros cañonazos disparados en aquella memorable jornada, mientras la flor de la hermosura y de la caballería estaba entregada sin la menor inquietud a las delicias de un baile. Y después de rendir un homenaje de simpatía a los que allí perecieron víctimas de la ambición de un solo hombre —del «más insigne, no el peor de todos, del vencedor y el cautivo de la tierra» —nos conduce, por una de las bruscas transiciones de su Musa inconstante, a las pintorescas márgenes del Rin, para contemplar, según él dice, «una obra divina, un conjunto de todas las bellezas: arroyos, valles, frutos, follaje, riscos, bosques, sembrados, montañas y vides, como también castillos solitarios que exhalan un triste adiós desde sus pardas y frondosas almenas, donde la Ruina se alberga coronada de verdor».

¡Qué trozos descriptivos tan admirables, así en esta parte como en todo lo restante del poema! ¡Qué numen y lucidez en el discurso! ¡Qué felices imágenes! ¡Cuánta valentía y originalidad de expresión! ¿Se quieren algunos otros ejemplos? —La invocación al Parnaso y la corrida de toros, en el canto primero; su juicio del héroe entonces proscripto en Santa Elena; sus recuerdos de Rousseau a la vista de

Clarens, «la dulce Clarens, cuna del amor verdadero»; la tempestad en medio de los Alpes; la especie de elegía entonada a Venecia, que fue para él desde su niñez «la ciudad encantada del corazón, que se alzaba del seno del mar como un templo de columnas líquidas, la mansión del regocijo, el emporio de la riqueza»; sus elogios del Tasso, el Petrarca, el Dante y otros insignes varones de Italia; la descripción de la catarata del Velino, «verdadero infierno de agua, que ruge, silba, hierve, en medio de una tortura sin fin»; sus meditaciones en las ruinas del Coliseo, en el Panteón, en la Basílica de San Pedro de Roma; y por último, su saludo al mar, con que termina majestuosamente el poema; —todo esto es bello, magnífico, sublime, como solo puede concebirlo y expresarlo un gran poeta. ¿Qué importan la falta de invención, la frecuente oscuridad del concepto, y otros lunares que en él se notan, cuando están compensados con tantas y tantas perfecciones?

En cuanto a la idea que presidió a su creación, sabemos por el mismo lord Byron que fue: «demostrar que la perversión precoz del entendimiento y de las costumbres conduce a la saciedad de los pasados goces y al desencanto en los nuevos; y que nada —salvo la ambición, el más poderoso de todos los estímulos— ni aun el espectáculo de la bella Naturaleza, o el incentivo de los viajes, nada puede hacer el menor efecto en un alma así constituida, o más bien, así extraviada». —Idea muy aceptable sin duda; pero nosotros pensamos que, tal como lord Byron la puso en ejecución, acaso no produce otro resultado que inocular en el ánimo de sus lectores el propio mal de que adolece Harold. A bien que de este mal no es responsable el autor. ¿No estaba ya impregnado, por decirlo así, en la atmósfera moral de su tiempo?

Digno era tal poema de mejor intérprete, y sobre todo, de un buen intérprete en verso castellano; pero nadie hasta hoy, que sepamos, había tomado a su cargo esta en verdad no fácil tarea, ni aun en modesta prosa. Nuestra versión no

pasa de un mero ensayo, comenzado por vía de entretenimiento y continuado poco a poco hasta el fin, en medio de otras ocupaciones no tan agradables. Valga lo que valiere —sobre lo cual nada por nuestra parte nos toca decir— algo puede abonarla siquiera la circunstancia de ser única en nuestro idioma; y si por ventura sirviese de estímulo a otros para repetir el ensayo con éxito más feliz —como desde luego se lo auguramos— bien merecerá cierta excusa nuestra osadía de traductor.

Nueva York. —Julio de 1864.



A IANTHE^[1]

Ni en los climas que acabo de recorrer, y cuyas beldades han merecido por largo tiempo el título de sin par; ni entre aquellas visiones que revelan al corazón formas tales, como no existen, bien a nuestro pesar, sino en sueños, nunca la realidad o la imaginación me ha deparado un solo objeto comparable contigo. Así, después de haberte visto, en vano probaría yo a pintar tus gracias, que brillan a todos momentos con distinta expresión: para quien no te conozca, mis palabras habrían de ser harto débiles; y ¿qué pudieran decir a quien haya tenido la dicha de contemplarte?

¡Ah! siempre seas tú lo mismo que eres hoy día, sin desmentir en nada los anuncios de tu primavera; siempre bella en las formas como tierna y a la vez casta en el corazón, imagen en la tierra del Amor sin alas, ingenua hasta sobrepasar a todas las ficciones de la Esperanza. Y tengo por cierto que aquella que tan solícita está velando por tu juventud, al verte adquirir a cada hora un nuevo atractivo, te considera como el Iris de sus años venideros, ante cuyos celestes colores se desvanece todo pesar.

¡Joven Peri^[2] del Occidente! Fortuna es para mí el contar doble edad que tú: exentos ya de amor, pueden mis ojos contemplarte serenos y admirar sin peligro el esplendor de tus crecientes perfecciones. ¡Feliz yo, que no llegaré a verlas decaer, y más feliz todavía porque, mientras otros corazones más jóvenes estarán vertiendo sangre por tu causa, el mío se librá de la suerte que tus ojos reservan a quienes más tarde te han de admirar también, pero no sin

sentir las angustias inseparables hasta de los más dulces momentos del amor!

¡Oh! permite a tus ojos que, vivos como los de la gacela, y ora radiantes de altivez, ora hermoseedos por la modestia, subyugan a cualquiera con una fugaz mirada y le dejan deslumbrado si en él se fijan alguna vez; permíteles que recorran esta página, y no rehúses a mis versos aquella sonrisa por la cual suspiraría inútilmente mi corazón, si acaso un día pudiese yo ser para ti algo más que un amigo. Concédeme esta merced, niña hermosa; no me preguntes por qué dedico mis cantos a una beldad tan joven como tú, pero déjame que mezcle un lirio sin igual con las flores de mi corona.

Así quedará unido tu nombre a mis versos; y siempre que alguna mirada benévola venga a fijarse en las páginas de Harold, el nombre de lanthe, consagrado aquí, será lo primero que llame la atención, lo último que caiga en olvido. Y si allá cuando haya pasado yo a mejor vida, el recuerdo de este antiguo homenaje te hiciese acercar tus dedos de hada a la lira de aquel que saludó el albor de tu belleza, ninguna recompensa mayor pudiera alcanzar mi memoria: eso es ciertamente más de lo que osaría pretender la Esperanza; pero ¿cómo la Amistad exigir menos?

LA PEREGRINACIÓN DE CHILDE HAROLD

CANTO PRIMERO